

On the road, cincuentenaria, celebridad de Kerouac. El resto de su obra es harto más compleja y experimental. Esa es la parte que prefiero. En ella, Kerouac descubrió que existe una relación bioenergética entre cuerpo y texto. Escribir resucita al cuerpo.

Su carretera no sólo neovata la aventura americana. La carretera es el símbolo de la comunicación establecida entre página y ser vivo. Cordón umbilical restablecido.

A Kerouac se le hizo héroe adrenalínico y contracultura beatificada. El americano común cree ser kerouackiano por espontaneista. Pero el genio de Kerouac no es común, americano o espontáneo.

Se cree que escribía con descuido. Nada más falso. Era un estilista. (Según Kerouac Shakespeare escribía por torrentes imparables.) Kerouac es otra K reestructurante como Kant, Kierkegaard, Khlebnikov, Kafka, Kundera o Kozer. La K diagonaliza los dos mundos. Por eso resulta iniciática.

El error de Kerouac es el realismo. Se empeñó en narrar exactamente cada acto. Quería ser crónica incorregida. Pero el realismo de Kerouac es tan testosterónico, tan impulsivo, que en el afán de retratar se vuelve utopía, irrealismo.

¡Era católico! Cuando Ed Sanders quiso hacerlo precursor de los hippies, Kerouac lo desmintió. Nada repudiaba tanto como la violencia o la protesta. Kerouac era un escritor religioso. Hay que saber leerlo.

"Viaje" en Kerouac significa "cielo". Buscaba en lo horizontal lo que sus padres anhelaban de lo vertical. Él procuró que su paraíso, al contrario del parental, fuese alcanzable. Toda su obra es la descripción de un peregrinaje en pos de lo sagrado.

Euforizó la novela a manera de mística. Es el éxtasis religioso a través de la intensidad vital. Kerouac estaba dispuesto a morir en cada párrafo. Escribir para él era milagro.

Mortandad –cigarro simple–, cada libro suyo era un voto de intensidad. Era galán de su karma. Rara combinación tuvieron él, Ginsberg y Burroughs: escritores cultísimos que vivieron extremosamente. Arrojadlos al abismo.

En México se les cree bárbaros, poco literarios. ¡Nada más equivocado! Si su ideal era de prédica automatista era porque procuraban una inocencia que su hipertrofia intelectual les prohibía adquirir. No corregir era su técnica de sobrenaturalidad.

¡Todas sus ideas son parte de una ascesis!

Además se olvida, por ejemplo, que Kerouac era un hombre frecuentemente retraído, atormentado, inteligentísimo, cuyo gran

autosabotaje, lo sabemos, fue su alcoholismo. Era como si no pudiese soportar su genialidad y tuviera que idiotizarse para tener cierto equilibrio.

Kerouac se transformaba cuando leía en voz viva. Se emocionaba y leía de manera bellísima, su voz se hacía música varona. Adquiría una fortaleza inusitada. Pero apenas terminaba, su rostro se ensombrecía, se volvía tímido, parecía un chico con miedo de la vida. Kerouac narra para sentirse vivo.

A cincuenta años de su obra más famosa esperemos se le relea con nuevos ojos y se termine, de una vez por todas, de comprenderle en su característica básica: Kerouac, ante todo, era un virtuoso de la prosa.

Kerouac era un monje limitrofe. ☞

Kerouac

confesiones un adicto a la literatura gringona

Por razones "estéticas" –cof cof: cripto-políticas–, los escritores mexicanos solían ser adictos a la literatura francesa o, al menos, esa era su auto-imago. Desde Novo, la cosa fue anglosajoneándose hasta hoy:

agringados. Aunque nadie quiere admitirlo: el influjo de literatura norteamericana no es, exactamente, encomiable.

Aunque Monsiváis no quiera aceptarlo, él también es parte del agringamiento. Él es uno de los primeros escritores norteamericanos nacidos en México, porque del mismo modo que el lenguaje hipermexicano de Rulfo fue formado, en buena dosis, leyendo el lenguaje hiperestadounidense de Faulkner, sin Tom Wolfe, Monsiváis es impensable, aunque el retruécano prevenga admitir influencias yanquis.

Inclusive María Sabina terminó americanizándose. Como ella misma dijo, a partir de ella, los niníto santos, los honguitos, "ahora hablan en inglés".

El proceso más importante de la literatura mexicana post-paceana es la de su americanización subterránea.

Generaciones como la sesenta contracultura mexicana (la Onda), el infrarrealismo en los setenta, el realismo sucio de Fadanelli y los neo-bukowskianos –que a mí me atedian– en los ochenta y noventa, respectivamente, determinaron que la literatura mexicana cada vez sería más gabacha.

Lo único que separa a la literatura mexicana y la chicana es un mismo Carlos. Ninguna de las dos culturas quiere admitir que Fuentes se trata del primer novelista norteamericano compartido por ambas.



h. yépez

Ciertamente Paz detuvo el proceso de agringamiento iniciado por los Contemporáneos. Promovió la falsa idea del afrancesamiento de sus precursores y procuró ignorar toda la literatura norteamericana de su tiempo; llegando a la ridiculez de alabar ¡a Robert Frost! Paz dejó de ser contemporáneo de su tiempo no sólo por soslayar la literatura mexicana que le era antagonista sino, sobre todo, por desconocer la norteamericana contemporánea. Paz era un lector anticuado. Paz no supo lo que sí supo Cortázar: transcribir la literatura norteamericana. Paz, sencillamente, decidió ignorarla.

La americanización de la literatura mexicana (hoy) se llama, digamos, Philip Roth y Paul Auster (and many more, y si no me creen, pregúntenle a Anagrama).

Sin embargo, ocurre un extraño fenómeno: los literatos mexicanos jóvenes y sus precursores panceanos no advierten la creciente americanización de nuestras letras porque: A) Paz consagró la ficción de una Tradición Mexicana, de una Literatura Nacional (que nunca ha existido, como no existe ninguna en ninguna parte del mundo, sobre todo, desde el siglo XVI) y B) impedidos a darse cuenta de su paradigmático (y, en algunos casos inconsciente) Nacionalismo Literario, son influidos por la literatura norteamericana mainstream, oficial, mercadológica, republicana: ¡todos esos tarugos que sueñan con Harold Bloom!

Lo peor de la actual literatura mexicana es que se trata de una literatura norteamericana conservadora (SIN SABERLO).

Convertirse en un escritor norteamericano pasado de moda (sin saberlo) ha llegado a un extremo risible. Para muestra, cójase cualquier revista literaria mexicana y el que no es bukowskiano es bloomiano y eso, misteres, ya es una absoluta mamada.

Mi relación con la literatura estadounidense no tiene mérito. He leído más literatura en inglés que en español por motivo de bolsillo. Los libros usados en California cuestan la mitad que los libros mexicanos en Sanborns.

Si la oferta que llega hoy a las librerías del norte es residual, hace 15 años era deprimente. Leer una novedad era leer lo del año pasado. Cuando alguien viajaba al DeFe te vendía lo que allá había adquirido. Los libros fueron por mucho tiempo la única fayuca que viajaba en dirección inversa.

Entonces era office boy entre Tijuana y San Diego. Cada vez que cruzaba me escabullía a las

librerías de uso del centro de San Diego. Ahí se encontraba todo. No sólo libros recientes (muchos gringos revenden rápidamente lo que se lee en las universidades: los estudiantes se deshacen de sus libros a fin de curso) sino joyotas a 5 o 6 dólares.

Así fue como, sin otra razón que la economía y la diferencia abismal de títulos, me hice adicto a la literatura gringa. Hasta la fecha sigo agradecido a Bugs Bunny por haberme enseñado inglés.

Hoy las librerías de uso en Estados Unidos desaparecen. Cadenas como la Barnes & Noble, Amazon o Borders controlan el mercado. Casi todas las librerías de uso del centro de San Diego cerraron no sólo por esta competencia y la baja de ventas provocada por la compra electrónica sino por nuevas ordenanzas en California –seguros contra incendio, por ejemplo– que hacen incosteable seguir vendiendo libros usados. En mi caso, sin embargo, el daño estaba hecho.

No sólo ya había consumido vorazmente la literatura clásica norteamericana, desde Whitman a Salinger, sino toda la obra beatnik y contracultural –junto a todo el zen adjunto a las antologías de Rothenberg– y lo que venía convirtiéndose en una presencia cada vez más intrigante: la escritura salida del movimiento antibeatnik, los Language Poets y la New Narrative de San Francisco y Nueva York.

Acker, Hejinian, Bernstein, Armantrout se convirtieron en autores que poco a poco comenzaban a llegar a las librerías de uso y que hoy son el top de la literatura

norteamericana alternativa o experimental que se opone al realismo mainstream tanto en poesía como en novela.

Puedo presumir de ser un conocedor cuidadoso de las letras norteamericanas, europeas y latinoamericanas. Sin ánimo polémico, puedo decir que la literatura norteamericana es la más interesante de la segunda mitad del siglo XX. Su grado de

renovación estructural fue sólo comparable al de la teoría crítica francesa estructuralista y postestructuralista.

Verdad incómoda: la mejor literatura de una época sale del interior de sus imperios. La forma literaria siempre es imperialista. Por eso las letras norteamericanas desde la posguerra han tenido el liderazgo.

Escribí las líneas anteriores para llegar a estas últimas: la renovación de la literatura norteamericana, sin embargo, ha terminado.

Su última vanguardia –la Language Poetry– se ha agotado. La generación que le siguió no pudo compararse. Dentro de poco tiempo, el centro de la renovación estructural del lenguaje literario aparecerá en otra parte.

El periodo grandioso de las letras norteamericanas ha acabado. ☒

Heriberto Yépez
Tijuana · 74

confesiones

h. yépez